

El derribo de Santa María la Mayor, hace 88 años



SANTA MARÍA.

ERAN los días de las Cortes constituyentes y su Constitución de 1869. Espartero jugaba a Cincinato, en su jaula de oro logroñesa, e Isabel II a Catilina, remitiendo epístolas y manifiestos desde el palacio de Castilla, en París. El Duque de la Torre, General Serrano, era Regente, y Prim, el ídolo, retenía la Presidencia del Consejo. Castelar pronunciaba su discurso «grande es Dios en el Sinaí», que arrancó a las Cortes la libertad religiosa, y el furibundo Paúl y Angulo, encastillado en la redacción de *El Combate*, atizaba el fuego que, meses más tarde, destruiría al ídolo disparándole unos traidores pero certeros trabucazos en la calle del Turco.

Subidas y bajadas, restauración y destrucción de instituciones, ideas y personas, debían necesariamente de alcanzar también a las mismísimas piedras, bien buscando para ellas nuevos destinos, bien echándolas en tierra por simple capricho de progresista mal gusto, o encubriendo con razones prácticas motivos rea-

ies más hondos e inconfesables. El Ministro de Fomento, señor Ruiz Zorrilla, pensó hacer de la iglesia de San Francisco el Grande un Panteón de hombres célebres, y cuatro de las históricas parroquias madrileñas —Santa María la Mayor o de la Almudena, Santa Cruz, San Millán y Santo Domingo— desaparecieron en el curso de un mismo año, para dejar paso a solares edificables o incoloras zonas abiertas al deambular público.

Muy pocos artículos narrativos, y en menor número críticos, se hicieron al ver caer y convertirse en polvo la torre, muros y bóvedas de la parroquial de Santa María, la más antigua de Madrid. No vamos a describirla ni hacer su historia, entre fabulosa y real, que ello puede hallarse en cualquiera de los numerosos y varios libros que han tratado temas de la coronada Villa. Bástenos decir que cuando los obreros comenzaron a emplear palas y picos destructores, el templo había perdido su fisonomía primitiva, y aún la que adquiriera cuando su restauración de 1540. Sólo en el techo de crucería y retablo de la capilla de Santa Ana, construida por el Secretario de Carlos I, don Juan de Vozmediano, veíase algo de sus rasgos góticos. Nada quedaba del epitafio sepulcral que Pellicer tachara de «confuso, mútilo y anticrónico», ni de las pinturas murales que López de Hoyos tomó por «canónicos, con sus capirotos o cogullas», al modo de monjes benitos. Ventura Rodríguez había reconstruido el templo con techos, cúpula y portadas, en una época en que sus gustos churriguerescos quedaban francamente abiertos a las nuevas tendencias del neoclasicismo.

Pero pese a remozamientos, reconstrucciones y carencia de verdadero mérito artístico, la iglesia, tal cual nos la muestran grabados románticos de sus últimos años —torre con chapitel de pizarra y cúpula infundibuliforme—, constituía una típica estampa del Madrid antañón, arrinconada al final de la calle Mayor, vecina al cubo de muralla que fué antigua alhóndiga o almudena y que, al derrumbarse, dejara al descubierto la imagen de Nuestra Señora, guardada y venerada durante siglos tras los muros de Santa María. Ante la capilla e imagen de Santa Ana, celebrábase aún, bien que muy desvaídas, las tradicionales fiestas en honor de la Santa, danzas y cánticos con que dice Cervantes hiciera la gitanilla Preciosa su debut callerero en la villa de Madrid. Desde la Reconquista hasta el año 1869, Villa y Parroquia habían convivido en sus días fastos y nefastos. En dicho año las Autoridades, en nombre de aquélla y de un absurdo afán de modernismo y expansión urbana, arrancaron para siempre la Parroquial de su suelo madrileño.

El derribo, más despertó expectación malsana que noble disgusto artístico entre los reporteros contemporáneos, preocupados, ante todo, de servir al público escenas curiosas observadas. Uno de estos artículos, escrito por testigo «de visu», es el que traemos a estas páginas, por considerarlo realmente interesante, impregnado de una curiosidad macabra, muy española. Es el que, bajo el título «Cuatro templos menos», publicó Julio Nombela en su «Almanaque enciclopédico español para 1870» (Madrid 1869). Dice así:

«Santa María, cuya puerta principal daba a la plazuela de los Consejos, era sin duda la iglesia más antigua de la Villa, y se llamaba la Mayor, así por su antigüedad como por haber sido, en tiempos, Catedral.

Su arquitectura era de poco mérito, y esta circunstancia, unida a la de su estado ruinoso, prevalecieron en el acuerdo hecho para su derribo.

No pudiendo decir mucho de su estructura ni rique-

zas, diremos algo de nuevo e interesante concerniente a la tarea de su derribo, describiendo la escena de que fuimos testigos, y que tuvo lugar en el panteón de dicho templo.

Dicha escena fué la extracción y traslación de dieciocho cadáveres que se encontraron depositados en uno mal llamado panteón, debajo del camarín de la Virgen de la Almudena, Patrona de la Villa, que se veneraba en su altar mayor. Los de fecha más reciente se hallaban allí depositados desde hace cosa de dos siglos, y todos eran de individuos de las ilustres familias de Pastrana y del Infantado.

En realidad no puede llamarse panteón el lugar en que yacían las dieciocho cajas mortuorias, pues consistía sólo en una especie de camaranchón. Colocáronse dos grandes cajones en el pavimento del que fué presbiterio, y los alarifes empezaron a extraer los ataúdes y los fueron abriendo uno por uno y trasladando los restos a los cajones. Como era natural, algunos cuerpos se deshicieron en fragmentos en el camino y perdieron otros parte de sus galas, unas consumidas completamente y otras en bastante buen estado de conservación, debiendo consignarse sobre este particular algunos detalles.

Se extrajo de una caja un cadáver que, aunque sólo conservaba la osamenta deteriorada, no sucedía así respecto de su traje, de la época de Felipe IV. Vestía colete y gregüescos de terciopelo negro de canutillo, y en el pecho una cruz de seda verde de Alcántara, botas y espuelas bastante bien conservadas, aunque éstas muy oxidadas y aquéllas sumida y perdida su forma, pero sin deterioro. De otro ataúd, forrado de terciopelo carmesí (sólo éste y otro eran de este color, pues los demás lo eran de terciopelo negro), se extrajo una momia, la única que tenía la osamenta de la cara, cuello y manos cubierta de piel; vestida de monja, hábito negro, correa ídem y velo que le cubría el rostro, negro también, de gasa, en perfecto estado de conservación. Del otro ataúd del mismo color extrajeron los alarifes y colocaron en el cajón un esqueleto algo amomiado de una joven y soltera, pues llevaba su palma, con un vestido de seda recamado de un adorno muy tupido formando adornos y flores, siendo sorprendente el estado en que se encontraba la cotilla, o corsé, como ahora se llama, viéndosele por la espalda los ojetes y la trencilla que lo unía, y hasta se le notaba un alfiler, oxidado ya, que servía para cerrarle aún más.

Otro cadáver vestía hábito de fraile Antonino; a otro se le notaba perfectamente un colete de piel bordado de hilillo de oro y plata. A uno, bastante consumido, se le extrajo de los fragmentos de ropa y miseria que tenía sobre el pecho, un escapulario con una medallita como de una peseta, conteniendo una miniatura con cristal y una figurilla de medio cuerpo, hábito negro, báculo y calabaza, por lo que podría tomarse por un San Roque. Ultimamente sólo dos ataúdes nos dieron razón del personaje cuyos restos contenían. El uno, en un pergamino que se encontró dentro, decía:

«Aquí está depositado el excelentísimo señor duque del Infantado. Falleció en 10 de septiembre de 1.623 años.»

El otro decía en otra hoja de pergamino: «Depositada la excelentísima señora duquesa doña María Dearth y Guzmán, murió a 10 de febrero de 1.693.»

Después de hora y media que duraría esta triste operación, se colocaron los cajones de pino en un carro de carga pintado de verde, con una mula de las que se emplean para el transporte de materiales; que se hallaba en la puerta de la que fué Santa María la Mayor.»

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES



Para llegar a algo en la cirugía y en la carrera de las armas hay que tomar parte en muchas operaciones y conseguir gran número de cruces.

Las esposas que dicen al marido en la estación: "Te pondré unas líneas sin falta" suelen mentir, por regla general, dos veces.

La admiración pública, el entusiasmo femenino y las medallas honoríficas se consiguen antes de perro que de artista.



Algunos críticos se parecen a los malos barberos: primero os dan jabón y luego os degüellan.

Los autores verdaderamente inteligentes tienen el noventa por ciento de probabilidades adelantadas para no hacerse populares.



La pipa es un chisme que empieza en una chimenea y termina en un suicida "al ralenti".

Los celos para el amor son como la sal para el pescado. En pequeña cantidad sirve para darle gusto; cuando se necesitan grandes dosis, es que el pescado está ya completamente pasado.

En la lucha del amor el varón suele ganar todos los combates: NOVIAZGO; pero pierde la guerra: MATRIMONIO.

Con las setas sucede lo que con las esposas: si te salen malas, ya no tienes luego remedio.



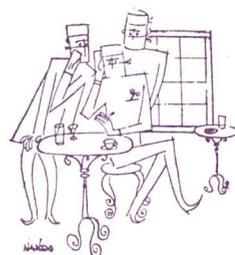
La claqué es, solo, un reconstituyente. Puede fortificar un éxito, engrandecerle, pero jamás crearlo.

El ser humano nace de un deseo, vive con infinitos deseos y muere contra su deseo.

Lo superfluo. He ahí lo imprescindible en la vida moderna.

Con las mujeres de "sueño" es con las que hay que tener los ojos "muy abiertos".

La mesa del café es el único quirófano de donde los pacientes salen siempre sin vida.



José de CÓRDOVA

PAISAJES DE LA PROVINCIA



Xilografía de Loygorri.

EL PAULAR

A poca distancia de la Villa y Corte se encuentra, en un paisaje de paz, la que fué primera Cartuja de España, encargada por Enrique II a su hijo, que inició las obras al mismo tiempo que levantaba un edificio contiguo para alojarse con motivo de sus visitas piadosas y cinegéticas. Comenzado por Juan II, sufre varias vicisitudes y transformaciones, siendo hoy día su aspecto barroco el que predomina. Aun dado el abandono en que estuvo, y del que ha salido merced a la reconstrucción llevada a cabo recientemente, y pese a los despojos que ha sufrido, sigue siendo la joya barroca de la provincia, con retablos de lujo fastuoso, como el de alabastro, traído de Génova.

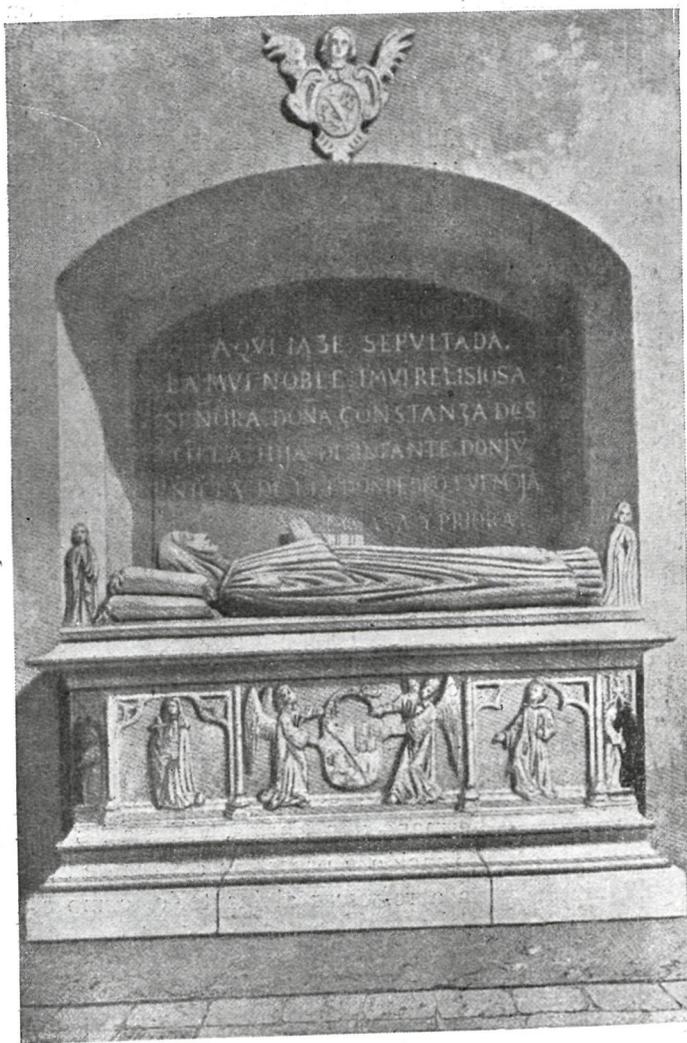
EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO EL REAL

QUEREMOS traer hoy a las páginas de CISNEROS una breve semblanza del antiguo Monasterio que fundó en la capital el gran santo español Domingo de Guzmán, y que dió nombre a una de las plazas más populares de Madrid, en donde la Diputación Provincial tuvo su sede hasta el año 1936.

El primitivo convento de Santo Domingo el Real, que llegó a tener una superficie de más de 116.000 pies, estuvo situado en el lugar que hoy ocupan la calzada y casas de la calle de Campomanes, y alcanzó notoria importancia, artística e histórica, en el curso de sus seis largos siglos de existencia.

Se componía la iglesia de una nave central, amplia y luminosa, con otra más al lado del Evangelio y tres capillas en el de la Epístola, y se admiraba en la Capilla Mayor un bello retablo de tres cuerpos, regalo de Felipe III, de estilo greco-romano, con notables pinturas italianas. Otros lienzos de valor adornaban las capillas, y alrededor de todo el templo, a la altura de las cornisas, sendas inscripciones recordaban momentos y episodios memorables en la historia del Monasterio. Un amplio pórtico de granito con tres entradas, rematadas por arcos de medio punto, daban acceso al recinto sagrado; fué mandado construir por Carlos III, en sustitución del anterior, de la época de los Austrias, de estilo Renacimiento.

El coro era una de las construcciones más notables que existían en los templos de Madrid. Databa del reinado de Felipe II, se hizo bajo la dirección de Juan de Herrera, y su planta, de cien pies de longitud por treinta y dos de anchura, era mayor que la del coro de El Escorial. Estaba decorado con dieciséis frescos representando diversas escenas de la vida de la Virgen y misterios del Santo Rosario, y una alta bóveda, rica y profusamente adornada, cubría el recinto, dándole un aspecto de severa armonía. Posteriormente se



La época de mayor esplendor de este convento corresponde a los cincuenta años en que fué Priora del mismo doña Costanza, nieta de Pedro I de Castilla. Ella trajo aquí los restos de su egregio abuelo y los de su padre el infante don Juan, y preparó su sepulcro en el mismo convento.

fueron añadiendo adornos a tono con el gusto de los siglos siguientes, entre ellos, una imagen en mármol de la Virgen con ángeles. La sillería, en forma de hornacinas, databa de la época de Felipe III. Profusión de imágenes y cuadros recordaban constantemente la protección que fué dispensada por los diversos Monarcas de España al Real Monasterio.

Además del claustro mayor, había otros dos más pequeños, en uno de los cuales se guardaba la reliquia más preciada por las monjas: el pozo que man-

dó abrir el Santo Fundador para proveer de agua a sus hijas, y que, al bendecirlo, dotó a ésta de poder milagroso. Al mismo claustro del pozo daba también la capilla que el propio Santo ayudó a construir, así como las pequeñas celdas que formaron el primitivo convento en 1218, fecha de su fundación.

La importancia de esta casa de oración y de retiro de las monjas dominicas comenzó con el Rey San Fernando, que la tomó bajo su protección, dándole el título de Real y mandando traer de Caleruega la pila en que fué bautizado el Santo; provenía este baptisterio de la capilla del castillo de los Guzmanes, y en lo sucesivo sirvió para cristianar a los miembros de la familia real. A partir de este momento todos los reyes tuvieron especial cuidado de las monjitas de Santo Domingo; todas las obras necesarias fueron costeadas por ellos, y es de anotar la protección especial que tuvo por parte de la Infanta doña Berenguela, hija del Rey Sabio, y de doña Violante, la cual dejó al convento su señorío de Guadalajara. La época de mayor esplendor del Monasterio corresponde a los cincuenta años, en que fué priora del mismo doña Constanza, nieta de Pedro I de Castilla, y que, juntamente con su abuelo y padre —el Infante don Juan—, fué enterrada en el mismo.

Entre los privilegios que los Reyes concedieron a esta Casa, fué, uno de los más importantes, el hacer en su iglesia los funerales por las personas reales; es de señalar, por la suntuosidad inigualable que alcanzó, el que el Rey Felipe mandó hacer a la muerte de su hijo, el Infante don Carlos, en cuya ocasión se levantó la bóveda del templo, «para que la del cielo hiciera sus veces».

Con la Guerra de la Independencia empezó a declinar la estrella de este Monasterio. Las tropas francesas lo ocuparon, convirtiendo en cuartel lo que fué Casa de Dios y dando a las llamas los inapreciables legajos de su archivo. Con Fernando VII se reintegra la Comunidad a su casa, y el propio Rey «Deseado», en unión de su hermano don Carlos, visita a las religiosas, asiste a la función y procesión del día de Santo Domingo, y va a refrescar al locutorio, como era tradicional en esa fecha. Los años que siguieron, desde la matanza de los frailes hasta la total ruina en 1868, puede decirse que marcan la agonía del Monasterio. Isabel II seguirá costeando todas las obras que requiere el Monasterio de Guzmán, al que de continuo favorece con sus donativos y regalos. Asistirá la Reina castiza, con sus hijos, a las grandes solemnidades, y las monjas seguirán haciendo rogativas en caso de enfermedad de la Reina, la cual, su salud restablecida, irá siempre a dar gracias a la iglesia de las monjas dominicas.

Mas la impopularidad de la Reina en los últimos años hará que el odio de sus enemigos alcance también al Monasterio que tanto amó, y así no es de extrañar que al estallar la Revolución se propague la voz de que la misma suerte que la Reina, iban a correr «las Reales de Santo Domingo». Y así fué, pues apenas instalados los «progresistas» en el poder, pusieron mano a la obra de destrucción. El aspecto de

ruinosidad de la fachada iba a ser el pretexto, no obstante ser uno de los conventos que, por sus méritos artísticos e históricos, el Gobierno había decidido conservar. Lo cierto es que, estando un buen día las monjitas de oración en el coro, se presentó un grupo de hombres armados, «capitaneados por Ruiz Zorrilla», que procedieron a incautarse del convento. Mas dejemos a la Madre Cecilia, testigo presencial de los hechos, que nos relate lo sucedido:

«Pasados unos días, una mañana, estando la Comunidad en coro, se presenta Zorrilla en el Monasterio con una cuadrilla de hombres, que parecían facinerosos, y obligó a la Priora a que les abriera la puerta y les condujese al coro. Llegaron en el momento en que se terminaba la misa conventual, y con prisas y maneras de salvaje, nos mandó salir tan precipitadamente, que ni aún nos dejaba coger las capas y libros que teníamos en la sillería. Sor Carmen Servan, que quiso retroceder un poco para coger la suya, no se lo consintió; antes, con bríos de lobos rapaces, cerraron y sellaron los tres coros, dejándonos acorraladas cual tímidas ovejas entre fieras del bosque. Al ver tanta alhaja y riqueza como tenían sus capillas, debieron quedar satisfechos cual aves de rapiña cuando divisan una magnífica presa en que saciar su hambre. Cuando se marcharon, dejaron la clausura abierta, y entrando en la sacristía se llevaron todo cuanto en ella había para uso diario. La cajita de oro que estaba en el Sagrario para llevar la comunión a las enfermas, le gustó tanto a Zorrilla, que la guardó diciendo: «Para el rapé». Nos dejaron alejadas e incomunicadas con el Santo Tabernáculo, sin misa ni comunión. El Oficio Divino lo rezábamos en el refectorio.»

Violentada así la paz del Monasterio, multitud de personas entraba a diario a curiosear, hasta que el 8 de febrero de 1869, lunes de carnaval, a las ocho de la noche, acompañadas de los pocos padres que había en Madrid, «llorando y con los velos echados», salieron las religiosas de su amado convento. Quedó éste abandonado al insaciable saqueo de las turbas, en tanto que el propio Gobierno se incautaba de lo de mayor valor, hasta que, sacado el inmueble a pública subasta, fué rápidamente adjudicado y comenzaron, con premura, las obras de demolición.

Treinta años pasaron las monjas dominicas acogidas a la caridad de otros conventos, hasta que la munificencia del que luego sería el Marqués de Santo Domingo, don Francisco Maroto, proveyó a las religiosas de un nuevo refugio, el que actualmente poseen al final de la calle de Claudio Coello, a pocos metros también de la sede provincial, y en donde se conservan, entre otras escasas reliquias del antiguo, la famosa pila bautismal del Santo y la imagen del Niño Jesús que tenía en su celda de priora doña Constanza, regalo de su abuelo, el Rey «cruel» o «justiciero».

Esta es, a grandes rasgos, la historia y muerte de uno de los conventos más famosos de Madrid, el de Santo Domingo el Real, que en justicia fué llamado «espejo de virtud».

FÉLIX MELENDO ABAD

